



POLÍTICA

Diez textos básicos de Ciencia Política

VVAA

POLÍTICA

Diez textos básicos de Ciencia Política

VVAA

1.^a edición en esta presentación: junio de 2014
edición anterior: noviembre de 1992

© 1992, de la recopilación: Albert Batlle

Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo:

© 1992 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.espacioculturalyacademico.com

ISBN 978-84-344-1853-0

Depósito legal: B. 10868-2014

Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

SUMARIO

Introducción

1. **La clase política**, por GAETANO MOSCA
2. **Influencia de los sistemas electorales en la vida política**, por MAURICE DUVERGER
3. **La poliarquía**, por ROBERT A. DAHL
4. **Teoría económica de la acción política en una democracia**, por ANTHONY DOWNS
5. **Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política**, por SEYMOUR MARTIN LIPSET
6. **Teoría de juegos y de las coaliciones políticas**, por WILLIAM H. RIKER
7. **La cultura política**, por GABRIEL A. ALMOND y SIDNEY VERBA
8. **La lógica de la acción colectiva**, por MANCUR OLSON
9. **Categorías para el análisis sistémico de la política**, por DAVID EASTON
10. **Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales**, por SEYMOUR MARTIN LIPSET y STEIN ROKKAN

1. LA CLASE POLÍTICA*

por GAETANO MOSCA

1. Predominio de una clase dirigente en todas las sociedades. 2. Importancia política de este hecho. 3. Predominio de las minorías organizadas sobre las mayorías. 4. Fuerzas políticas. El valor militar. 5. La riqueza. 6. Las creencias religiosas y la cultura científica. 7. Influencia de la herencia en la clase política. 8. Períodos de estabilidad y de renovación de la clase política.

1. Entre las tendencias y los hechos constantes que se encuentran en todos los organismos políticos, aparece uno cuya evidencia se impone fácilmente a cualquier observador: en todas las sociedades, desde las medianamente desarrolladas, que apenas han llegado a los preámbulos de la civilización, hasta las más cultas y fuertes, existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que siempre es la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que van unidas a él. La segunda, más numerosa, es dirigida y controlada por la primera de una manera más o menos legal, o bien de un modo más o menos arbitrario y violento, y recibe de ella, al menos aparentemente, los medios materiales de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político.

En la práctica, todos reconocemos la existencia de esta clase dirigente o clase política, como la hemos definido otras veces.¹ Sabemos, en efecto, que en nuestro país y en las naciones vecinas hay una minoría de personas influyentes que dirigen la cosa pública. De buen o mal grado la mayoría le entrega la dirección; de hecho, no podemos imaginar en la realidad un mundo organizado de otra manera, en el que todos estuviesen sometidos a uno solo, aunque en pie de igualdad y sin ninguna jerarquía entre ellos, o que todos dirigiesen por igual los asuntos políticos. Si en teoría razonamos de otra manera, debe en parte al efecto de hábitos inveterados de nuestro pensamiento, y en parte a la excesiva importancia que les damos a los hechos políticos, cuya apariencia se sitúa muy por encima de la realidad.

El primero de esos hechos consiste en la fácil comprobación de que en todo organismo político hay siempre alguien que está en la cumbre de la jerarquía de la clase política.

* Ed. original: G. Mosca, *Elementi di Scienza Politica*, cap. 2, La terza, Roma, 1896.

1. Mosca, Gaetano, *Teorica dei governi e governo parlamentare*, Loescher, Turín, 1884, cap. I.

tica y que dirige el llamado «timón del Estado». Esta persona no siempre es la que realmente tendría que disponer del poder supremo: muchas veces ocurre que, junto al monarca, al emperador hereditario, hay un primer ministro o un mayordomo de palacio que tiene un poder efectivo superior al del propio soberano; o que, en lugar del presidente electo, gobierna el político influyente que lo ha hecho elegir. Algunas veces, por circunstancias especiales, en lugar de una sola persona, son dos o tres las que toman a su cargo la dirección suprema.

El segundo hecho es igualmente fácil de percibir, porque cualquiera que sea el tipo de organización social, se puede comprobar que la presión proveniente del descontento de la masa de gobernados y las pasiones que la agitan, pueden ejercer cierta influencia sobre la dirección de la clase política.

Pero el hombre que es jefe de Estado no podría gobernar sin el apoyo de una clase dirigente que hiciera cumplir y respetar sus órdenes; y si bien puede hacer sentir el peso de su poder sobre uno o varios individuos particulares que pertenecen a esta clase, no puede oponerse a ella en su totalidad o destruirla. Y ello porque, si tal cosa fuera posible, se constituiría rápidamente otra clase, sin que su acción quedara anulada por completo. Por otra parte, aun admitiendo que el descontento de las masas llegara a provocar a la clase dirigente, en el seno de la masa aparecería necesariamente —como más adelante demostraremos— otra minoría organizada que pasaría a desempeñar la función de dicha clase. De otro modo se destruiría toda organización y toda estructura social.

2. Lo que constituye la verdadera superioridad de la clase política, como base para la investigación científica, es la preponderancia que tiene su diversa constitución en la determinación del tipo político, y también del grado de civilización de los diferentes pueblos. En efecto, ateniéndonos a la manera de clasificar las formas de gobierno que encontramos todavía en boga, Turquía y Rusia eran monarquías absolutas hasta hace pocas décadas; Inglaterra e Italia, monarquías constitucionales; mientras que Francia y los Estados Unidos se incluyen en la categoría de repúblicas. Esta clasificación se basa en que, en los primeros países, la jefatura del estado era hereditaria y nominalmente omnipotente; en los segundos, aun siendo hereditaria, tenía facultades y atribuciones limitadas; y en los últimos era electiva. Pero esta clasificación resulta evidentemente superficial.

En efecto, se ve claramente que los regímenes políticos de Rusia y Turquía tenían muy poco en común, dada la gran diferencia entre el grado de civilización de estos países y el ordenamiento de sus clases políticas. Siguiendo el mismo criterio, vemos que el régimen monárquico de Bélgica es más parecido al de la Francia republicana que al de Inglaterra, también monárquica; y que existen diferencias importantísimas entre el ordenamiento político de los Estados Unidos y el de Francia, a pesar de que ambos países son repúblicas.

Como hemos señalado antes, son antiguos hábitos del pensar los que se opusieron a que se oponen en este punto al progreso científico. La clasificación que señalamos, que divide a los gobiernos en monarquías absolutas, moderadas y repúblicas, es obra de Montesquieu, y sustituyó a la clásica, propuesta por Aristóteles, que los dividía en monarquías

aristocracia y democracia.² Desde Polibio a Montesquieu, muchos autores perfeccionaron la clasificación aristotélica, desarrollándola en la teoría de los «gobiernos mixtos». Después, la corriente democrática moderna, que comenzó con Rousseau, se fundó en el concepto de que la mayoría de los ciudadanos de un Estado podía, o más bien debía, participar en la vida política; y la doctrina de la soberanía popular se impone todavía en muchas mentes, pese a que la ciencia moderna hace cada vez más evidente la coexistencia de los principios democrático, monárquico y aristocrático en todo organismo político.³ No la refutaremos directamente aquí, porque es muy difícil destruir en pocas páginas todo un sistema de ideas arraigado en una mente humana; ya que, como bien escribió Las Casas en su vida de Cristóbal Colón, *desacostumbrarse* es en muchos casos más difícil que *acostumbrarse*.

3. En este punto creemos útil responder a una objeción que parecería muy fácil hacer a nuestro enfoque. Si es claramente admisible que un solo individuo no puede comandar a una masa sin que exista una minoría que lo sostenga, es más difícil postular, al cambio, como un hecho constante y natural, que las minorías mandan a las mayorías o éstas a aquéllas. Pero éste es uno de los casos, como tantos que se dan en las demencias, en que la apariencia de las cosas se opone a su verdadera realidad. Es forzoso el predominio de una minoría organizada, que obedece a un único impulso, sobre la mayoría desorganizada. La fuerza de cualquier minoría es irresistible frente a cada individuo de la mayoría, que se encuentra solo ante la totalidad de la minoría organizada. Al mismo tiempo se puede decir que ésta se halla organizada precisamente porque es minoría: quien que actúen siempre concertadamente y con inteligencia, triunfarán sobre mil tomados uno a uno y que no estén de acuerdo; y al mismo tiempo, si son cien y no mil, les será mucho más fácil a los primeros entenderse y actuar concertadamente.

Es fácil deducir de este hecho que, cuanto más vasta es una comunidad política, tanto menor puede ser la proporción de la minoría gobernante con respecto a la mayoría gobernada, y tanto más difícil le resultará a ésta organizarse para actuar contra aquélla.

Pero, además de la enorme ventaja que da la organización, las minorías gobernantes están constituidas por lo común de tal manera que los individuos que las componen se distinguen de la masa de los gobernados por algunas cualidades que les otorgan cierta superioridad material e intelectual, y hasta moral; o bien son los herederos de quienes tenían estas cualidades. En otras palabras, deben poseer algún requisito, verdadero o aparente, que sea muy apreciado y se valore mucho en la sociedad en que viven.

4. En las sociedades primitivas, que están todavía en el primer estadio de su constitución, el valor militar es la cualidad que permite más fácilmente el acceso a la clase política o dirigente. La guerra, que en la sociedad de civilización avanzada puede considerarse como un estado excepcional, puede ser en cambio casi normal en las sociedades

2. Se sabe que lo que Aristóteles llamó «democracia» no era sino una aristocracia más extendida, y el mismo Aristóteles habría podido observar que en todos los estados griegos, por aristocráticos o democráticos que fuesen, había siempre una o poquísimas personas que tenían influencia preponderante.

3. Entre los autores que admiten esta coexistencia basta citar a Spencer.

que están al comienzo de su desarrollo; y entonces los individuos que despliegan esas aptitudes guerreras logran fácilmente la supremacía sobre los otros: los más valientes serán los jefes. El hecho es constante, pero las modalidades que puede asumir difieren en los casos.

Generalmente, se suele atribuir el dominio de una clase guerrera sobre una multitud pacífica a la supremacía de las razas, a la conquista de un pueblo relativamente débil por otro belicoso. En efecto, algunas veces ocurre precisamente así; y hemos tenido ejemplos de ello en la India después de las invasiones de los arios, en el Imperio romano después de las de los pueblos germánicos, y en México después de la conquista española. Pero, más a menudo todavía, vemos, en ciertas condiciones sociales, aparecer una clase guerrera y dominadora también donde no se encuentran indicios de conquista extranjera. Cuando una horda vive exclusivamente de la caza, todos sus individuos pueden convertirse fácilmente en guerreros, y pronto aparecerán los jefes que tendrán, naturalmente, el predominio sobre la tribu; pero no se formará una clase belicosa, que al mismo tiempo explote y tutele a otra dedicada al trabajo pacífico. Sin embargo, a medida que el estío venatorio queda atrás, y se ingresa en el agrícola y pastoril, puede nacer, junto con el enorme aumento de la población y con la mayor estabilidad de los medios de influencia social, la división más o menos nítida en dos clases: una, consagrada exclusivamente al trabajo agrícola; otra, a la guerra. Si esto acontece, es inevitable que esta última adquiere poco a poco tal preponderancia sobre la primera, que la podría oprimir impunemente.

Polonia ofrece un ejemplo característico de esta transformación gradual de la clase guerrera en clase absolutamente dominante. En sus orígenes, los polacos tenían un ordenamiento en comunas rurales que sobresalía entre todos los pueblos eslavos; y en ellas había ninguna distinción entre guerreros y agricultores, o sea nobles y campesinos. Después que se establecieron en las grandes llanuras que recorren el Vístula y el Niemen, comenzaron a desarrollar la agricultura y, al mismo tiempo, persistió la necesidad de guerrear contra vecinos belicosos; esto llevó a los jefes de las tribus, o *woiewodi*, a rodear de cierto número de individuos seleccionados que se especializaron en el uso de las armas. Éstos se distribuían en las diversas comunidades rurales y quedaban exentos de los trabajos agrícolas, aunque recibían su porción de los productos de la tierra, a la que tenían derecho como los demás integrantes de la comunidad. En los primeros tiempos la posición no era muy ambicionada, y se vieron ejemplos de campesinos que rechazaban la exención de las tareas agrícolas con tal de no combatir. No obstante, como este orden de cosas se fue haciendo estable, y como una clase se habituó al empleo de las armas, las reglas militares mientras la otra se dedicó únicamente al uso del arado y de la azada, los guerreros se convirtieron gradualmente en nobles y patrones y los ciudadanos, compañeros y hermanos que eran, se transformaron en villanos y siervos. Poco a poco los belicosos señores de la guerra multiplicaron sus exigencias, al punto de que la parte que tomaban como miembros de la comunidad creció hasta abarcar todo lo producido por ella, menos lo absolutamente necesario para la subsistencia de los agricultores. Cuando éstos intentaron huir, fueron obligados por la fuerza a permanecer ligados a la tierra. En

sta manera, su condición adquirió las características de una verdadera servidumbre de gleba.⁴

Una evolución análoga ocurrió en Rusia. Allí, los guerreros que constituían la *droujina*, o sea el séquito de los antiguos *kniaz* o príncipes descendientes del Rürík, también obtuvieron, para vivir, una parte del producto de los *mir*, o comunas rurales de los campesinos. Poco a poco esta parte creció, y como la tierra abundaba y faltaban brazos y los campesinos pretendían emigrar, el zar Boris Godunov, a fines del siglo XVI, otorgó a los nobles el derecho a retener por la fuerza a los campesinos en sus tierras, dando origen a la servidumbre de la gleba. Pero en Rusia la fuerza armada nunca estuvo constituida exclusivamente por los nobles: los *mujiks* marchaban a la guerra como agregados a los miembros de la *droujina*, y después Iván IV el Terrible constituyó con los *strelitzi* un cuerpo de tropas casi permanente, que duró hasta que Pedro el Grande lo sustituyó por regimientos organizados según el tipo europeo-occidental, cuyo cuerpo de oficiales formaba con los antiguos miembros de la *droujina* y militares extranjeros, y los *mujiks* constituían los contingentes de soldados.⁵

En general, pues, en todos los pueblos que han entrado recientemente en el estado agrícola y relativamente civilizado, encontramos el hecho constante de que la clase militar por excelencia corresponde a la clase política y dominante. En muchas partes, el uso de las armas quedaba reservado exclusivamente a esta clase, como ocurrió en la India y en Polonia; pero también fue habitual que los miembros de la clase gobernada fueran eventualmente enrolados, aunque siempre como agregados y en los cuerpos menos esenciales. Así, en Grecia, en la época de las guerras médicas, los ciudadanos pertenecientes a las clases acomodadas e influyentes constituían los cuerpos seleccionados de los caballeros y los hoplitas, mientras que los pobres combatían como lanceros u honderos, y los esclavos, o sea la masa de trabajadores, quedaba casi completamente excluida del manejo de las armas. Un ordenamiento análogo encontramos en la Roma republicana hasta la primera guerra púnica y aun hasta Cayo Mario, así como entre los galos de la época de Julio César,⁶ en la Europa latina y germánica del Medievo, en la Rusia antes citada y en muchos otros pueblos.

5. Como en Rusia y en Polonia, como en la India y en la Europa medieval, las clases guerreras y dominantes acapararon la propiedad casi exclusiva de las tierras, que en los países no muy civilizados son la fuente principal de producción de riqueza. Pero

4. El rey Casimiro el Grande (1333) trató en vano de frenar la prepotencia de los guerreros, y cuando los campesinos reclamaban contra los nobles, se limitaba a preguntarles si no tenían palos y piedras. Más tarde, en 1537, la nobleza impuso que los burgueses de la ciudad fuesen obligados a vender sus tierras, de manera que la propiedad no pudiese pertenecer más que a los nobles; y al mismo tiempo hacía presión sobre el rey para que iniciase en Roma las gestiones necesarias para lograr que en Polonia sólo los nobles fuesen admitidos en las órdenes sagradas, con lo que se quería unir totalmente a los burgueses y campesinos de los cargos honoríficos y de toda importancia social. Véase Mickiewicz, *Avances*, cap. IV, pp. 376-380; *Histoire populaire de Pologne*, Hetzel, París, 1875, caps. I y II.

5. Leroy-Beaulieu, Anatole, *L'Empire des tzars et les Russes*, Hachette, París, 1881-1882, I, pp. 338 y ss.

6. César hace notar reiteradamente que los caballeros reclutados entre la nobleza constituían el nervio de los ejércitos galos. Los eduos, por ejemplo, no pudieron resistir más a Ariovisto cuando la mayor parte de sus caballeros murieron combatiendo.

medida que la civilización progresa, el rendimiento de estas tierras aumenta,⁷ y entonces, si otras circunstancias concuerdan, puede producirse una transformación social muy importante: la cualidad más característica de la clase dominante pasa a ser la riqueza acumulada, en vez de el valor militar; los gobernantes son los ricos, más que los fuertes.

La principal condición necesaria para que se opere esa transformación es la existencia de una fuerza pública: es preciso que la organización social se perfeccione de manera que el respaldo de la fuerza pública resulte más eficaz que el de la fuerza privada. En otras palabras, necesita que la propiedad privada sea tutelada suficientemente por la fuerza *práctica* de las leyes para que no sea necesaria la tutela del propietario. Esto se obtiene mediante una serie de cambios graduales en el ordenamiento social que transforman el tipo de organización política, que llamaremos «Estado feudal», en otro tipo, esencialmente diferente, que denominaremos «Estado burocrático». Ya podemos afirmar que la evolución de la que nos hemos referido suele verse muy facilitada por el progreso de las costumbres pacíficas y de ciertas prácticas morales que la sociedad adquiere con el progreso de la civilización.

Una vez consumada dicha transformación ocurrirá que, así como el poder político produce la riqueza, ahora la riqueza producirá el poder. En una sociedad ya bastante madura, cuyas fuerzas individuales están limitadas por la fuerza colectiva, si por un lado los poderosos son por lo general los ricos, por otro basta ser rico para convertirse en poderoso. En realidad es inevitable que, cuando está prohibida la lucha a mano armada, y sólo se permite la que se hace a fuerza de billetes, los mejores puestos sean conquistados por los que están más provistos de dinero.

Es verdad que existen Estados con una civilización avanzadísima, organizados sobre la base de sólidos principios morales, que parecen excluir esta preponderancia de la riqueza; pero éste es uno de los tantos casos en que los principios teóricos no tienen más que una aplicación limitada en la realidad de las cosas. En los Estados Unidos, por ejemplo, todos los poderes emanan directa o indirectamente de las elecciones populares, y el sufragio es universal en todos los Estados; y hay más: la democracia no se ve sólo en las instituciones, sino también en las costumbres, y los ricos sienten cierta aversión a dedicarse a la vida pública, así como hay cierta resistencia por parte de los pobres a elegir a los ricos para los cargos electivos.⁸ Esto no impide que un rico sea siempre mucho más influyente que un pobre, porque puede pagar a los politicastros venales que disponen de las administraciones públicas; y tampoco impide que las elecciones se hagan a fuerza de dinero; que parlamentos locales enteros y numerosas fracciones del Congreso sean sensibles a la influencia de las poderosas compañías ferroviarias y de los grandes señores de las finanzas. Hay quien asegura que, en varios de los Estados de la Unión, el que ten

7. Con el aumento de la población suele crecer, al menos en ciertas épocas, la renta ricardiana, especialmente por el hecho de que se crean los grandes centros de consumo que fueron siempre las metrópolis y las grandes ciudades antiguas y modernas. Sin duda una población establecida y la creación de grandes ciudades son condiciones casi necesarias para una civilización avanzada.

8. Véase Jannet, Claudio, *Le istituzioni politiche negli Stati Uniti d'America*, Biblioteca Política, UTET, Turín, 1964, segunda parte, caps. X ss. El autor cita a muchísimos autores y diarios norteamericanos que hacen irrecusable su afirmación.

mucho dinero para gastar puede hasta darse el lujo de matar a un hombre con la casi seguridad de quedar impune.⁹

También hasta hace unos años, el gobierno de China, si bien no había aceptado el principio de la elección popular, se fundaba sobre una base esencialmente igualitaria: los grados académicos permitían el acceso a los cargos públicos y estos grados se obtenían mediante examen, sin que aparentemente se atendiera al nacimiento o a la riqueza.¹⁰ Pero quizá porque la clase pudiente china era menos numerosa, menos rica y menos todopoderosa que en los Estados Unidos, lo cierto es que había logrado atenuar notablemente la aplicación estricta del sistema de exámenes para obtener los cargos más altos en la jerarquía político-administrativa. No sólo se compraba a menudo la indulgencia de los examinadores, sino que el mismo gobierno vendía los diversos grados académicos y permitía que llegasen a los cargos personas ignorantes, que, a veces, habían ascendido desde los últimos estratos sociales.¹¹

Antes de dejar este tema, debemos recordar que, en todos los países del mundo, los ricos siempre adquirirían más fácilmente que los pobres otros medios de influencia social como serían la notoriedad, la gran cultura, los conocimientos especializados, los grados elevados en la jerarquía eclesiástica, administrativa y militar. Los primeros en llegar debían recorrer siempre una vía notablemente más breve que los segundos, sin contar con que el derecho de admisión, del que estaban exentos los ricos, era a menudo el más áspero y difícil.

6. En las sociedades en que las creencias religiosas tienen mucha fuerza y los ministros del culto forman una clase especial, se constituye casi siempre una aristocracia sacerdotal que obtiene una parte más o menos grande de la riqueza y del poder político. Hay ejemplos muy notables en ciertas épocas del antiguo Egipto, en la India brahmánica y en la Europa medieval. A menudo los sacerdotes, además de cumplir con los oficios religiosos, poseían también conocimientos jurídicos y científicos y representaban la clase intelectualmente más elevada. Con frecuencia se manifestó, consciente o inconscientemente, en las jerarquías sacerdotales la tendencia a monopolizar los conocimientos avanzados y a obstaculizar la difusión de los métodos y procedimientos que hacían posible y fácil aprenderlos. En verdad se puede sospechar que se haya debido a esta tendencia, al menos en parte, la lentísima difusión que tuvo en el antiguo Egipto el alfabeto fonético, mucho más simple y fácil que la escritura jeroglífica. En la Galia los druidas, bien tenían conocimiento del alfabeto griego, no permitían que la abundante cosecha

9. Jannet, *op. cit.*, y capítulos citados («La corrupción privada», «Omnipotencia del dinero», «La plutocracia», etc.). Los hechos citados, aparte de que están respaldados por el autor con numerosísimos documentos, han sido confirmados por escritores norteamericanos de temas políticos, por ejemplo Seamen o George, a pesar de que tienen principios diferentes. Por lo demás, los que conocen la literatura norteamericana saben que novelistas, comediógrafos y periodistas admiten esos hechos como cosa sabida. El socialista George demostró hasta la evidencia (véase su obra ya citada) que el fracaso universal no basta para impedir la plutocracia cuando existen grandes desigualdades de fortuna. Es suya la declaración de que en los estados del Oeste, un rico se puede permitir el capricho de matar impunemente a un pobre. El mismo autor, en *Protection and Free Trade*, Londres, 1886, señala continuamente la influencia de los grandes industriales en las decisiones del Congreso.

10. Según algunos autores, sólo los barberos y ciertas categorías de barqueros habrían quedado excluidos, junto con sus hijos, del derecho a aspirar a los grados del mandarinato (Rousset, *A travers la Chine*, Hachette, París, 1878).

11. De Mas, Sinibaldo, *Chine et puissances chrétiennes*, pp. 332-334; HUC, *L'Empire chinois*.

de su literatura sagrada fuese escrita, y obligaban a sus alumnos a fijarla fatigosamente en la memoria. A la misma finalidad debe atribuirse el uso tenaz y frecuente de las lecciones muertas, que encontramos en la antigua Caldea, en la India y en la Europa medieval. Algunas veces, por último, como precisamente ocurrió en la India, se prohibió finalmente conocer los libros sagrados a las clases inferiores.

Sólo en una fase muy avanzada de la civilización, las nociones especializadas y verdadera cultura científica, despojada de todo carácter sagrado y religioso, se convirtieron en una fuerza política importante; y fue entonces cuando permitieron el acceso a la clase gobernante a quienes poseían esos conocimientos. Pero aun en este caso hay que tener presente que lo que tenía un valor político no era tanto la ciencia en sí misma como sus aplicaciones prácticas que podían beneficiar al pueblo o al Estado. A veces no se quiere más que la posesión de los procedimientos mecánicos indispensables para obtener una cultura superior, tal vez porque es más fácil comprobar y medir la pericia que el caudato ha podido adquirir en ellos. Así, en ciertas épocas del antiguo Egipto la profesión de escriba conducía a los cargos públicos y al poder, tal vez también porque aprender la escritura jeroglífica requería largos y pacientes estudios; del mismo modo, en la China moderna, el conocimiento de los numerosos caracteres de la escritura china ha formado la base de la cultura de los mandarines.¹² En la Europa de hoy y en América, la clase que aplica los hallazgos de la ciencia moderna a la guerra, a la administración pública, a las obras y a la sanidad públicas, ocupa una posición social y políticamente destacable; y en los mismos países —al igual que en la Roma antigua— es absolutamente privilegiada la condición del jurista, del que conoce la complicada legislación común a todos los pueblos de antigua civilización, especialmente si a sus nociones jurídicas agrega la elocuencia que más seduce a sus contemporáneos.

No faltan ejemplos en los que vemos cómo, en la fracción más elevada de la clase política, la larga práctica en la dirección de la organización militar y civil de la comunidad, hace nacer y desarrollarse el verdadero arte de gobierno, más que el craso empirismo y lo que pudiera provenir de la sola experiencia individual. Es entonces cuando constituye una aristocracia de funcionarios, como el Senado romano o el veneciano, hasta cierto punto la misma aristocracia inglesa, que tanto admiraba Stuart Mill y que ha dado alguno de los gobiernos que más se han distinguido por la madurez de sus decisiones y la constancia y sagacidad en ejecutarlos. Este arte no es ciertamente la ciencia política, pero ha precedido sin duda a la aplicación de algunos de sus postulados. Sin embargo, así como este arte se afirmó de alguna manera en cierta clase de gente que desde hacía tiempo las funciones políticas, su conocimiento no sirvió a quienes estaban excluidos de esas funciones por su condición social.¹³

7. En ciertos países encontramos castas hereditarias: la clase gobernante se halla absolutamente restringida a un número determinado de familias, y el nacimiento es es-

12. Al menos era así hasta hace algunos decenios, cuando los exámenes de los mandarines versaban únicamente sobre las disciplinas literarias e históricas, tal como estas disciplinas eran entendidas por los chinos.

13. Parece, por lo demás, que el arte de gobierno, salvo casos excepcionales, es una cualidad muy difícil de comunicar en los individuos que todavía no han rendido la prueba práctica de poseerlo.

El único criterio que decide el ingreso a dicha clase o la exclusión de la misma. Los ejemplos de estas aristocracias hereditarias son muchos, y casi no hay país con civilización antigua donde la clase dirigente no haya sido por algún tiempo más o menos hereditaria de hecho. En efecto, encontramos una nobleza hereditaria en ciertos períodos de la historia china y en el antiguo Egipto, en la India, en la Grecia anterior a las guerras con los persas, en la Roma antigua, entre los eslavos, entre los latinos y germanos de la Edad Media, en México en tiempos del descubrimiento de América y en Japón hasta hace pocas décadas.

Sobre este punto queremos formular dos observaciones. La primera es que todas las clases políticas tienden a volverse hereditarias, si no de derecho, al menos de hecho.¹⁴ Todas las fuerzas políticas poseen esa cualidad que en física se llama inercia; es decir, la tendencia a permanecer en el punto y en el estado en que se encuentran. El valor militar y la riqueza se conservan fácilmente en ciertas familias por tradición moral y por efecto de la herencia. Y la práctica de los grandes cargos, el hábito y casi todas las aptitudes para tratar los negocios de importancia, se adquieren mucho más fácilmente cuando se crece con ellos cierta familiaridad desde pequeño. Aun cuando los grados académicos, la cultura científica y las aptitudes especiales, probadas por medio de exámenes y concursos, permiten alcanzar los cargos públicos, no desaparecen las ventajas especiales que favorecen a algunos, y que los franceses definen como las «ventajas de las posiciones adquiridas». En realidad, por más que los exámenes y concursos estén teóricamente abiertos a todos, la mayoría siempre carece de los medios necesarios para cubrir los gastos de una larga preparación, y otros no tienen las relaciones y parentelas mediante las cuales un individuo se sitúa rápidamente en el «buen camino», que le evita las vacilaciones y errores inevitables cuando se ingresa a un ambiente desconocido, donde no se tienen guías y apoyos.¹⁵

La segunda observación es la siguiente: cuando vemos una casta hereditaria que monopoliza el poder político en un país, se puede estar seguro de que tal estado de derecho no ha sido precedido por un estado de hecho. Antes de afirmar su derecho exclusivo hereditario al poder, las familias y las castas poderosas debieron tener el bastón de mando muy seguro en sus manos, debieron monopolizar absolutamente todas las fuerzas políticas de la época y del pueblo en el que se afirmaron. De otro modo, una pretensión de este género habría suscitado protestas y luchas muy enconadas.

Señalemos también que, con frecuencia, las aristocracias se han vanagloriado de ser sobrenatural o al menos diferente y superior al de la clase gobernada. Un hecho social importantísimo explica esta aspiración: toda clase gobernante tiende a justificar

14. Véase Mosca, Gaetano, «Il principio aristocratico ed il democratico nel passato e nell'avvenire». *Extrafascist Riforma Sociale*, Roux y Viarengo, Turín, 1903, fascs. 3 a 10, vol. XIII, segunda serie.

15. A primera vista, el principio democrático de la elección por sufragio muy amplio parece estar en contradicción con esta tendencia a la estabilidad de la clase política que hemos señalado. Pero es preciso observar que casi siempre son elegidos los que poseen las fuerzas políticas que hemos enumerado y que con gran frecuencia son hereditarias. Así, en los parlamentos inglés y francés, vemos con frecuencia a hijos, hermanos, sobrinos y yernos de diputados y ex diputados. Pero junto a la fuerza de la inercia actúan siempre, con mayor o menor energía, otras fuerzas que tienden a renovar los mandamientos sociales. Hay épocas en las cuales prevalece la fuerza de la inercia y otras en las que predominan las fuerzas renovadoras de la sociedad.

oder de hecho, apoyándose en un principio moral de orden general. Recientemente, misma pretensión recibió el apoyo de un grupo de científicos: algunos autores, desartando y ampliando las teorías de Darwin, creen que las clases superiores representan grado más elevado de la evolución social y que, por lo tanto, ellas son mejores que inferiores por constitución orgánica. De Gobineau, Gumplowicz y otros van más lejos sostienen resueltamente el concepto de que, en los países con civilizaciones modernas, división de los pueblos en clases profesionales se funda en la heterogeneidad étnica.

No obstante, en la historia son muy conocidas las cualidades y también los defectos especiales, unas y otros muy acentuados, que han mostrado las aristocracias que permanecieron herméticamente cerradas, o que hicieron muy difícil el acceso a su clase. Hasta hace más de medio siglo, las noblezas inglesa y alemana nos proporcionaron muy claramente la idea del tipo de fenómeno que señalamos. Sólo que, frente a este hecho, las teorías que tienden a exagerar su alcance, se puede oponer siempre la misma objeción: que los individuos pertenecientes a estas aristocracias debían sus cualidades especiales, no tanto a la sangre que corría por sus venas, como a la esmerada educación que habían recibido y que había desarrollado en ellos ciertas tendencias intelectuales y morales con preferencia a otras.¹⁷

Se dice que esto puede ser suficiente para explicar las aptitudes puramente intelectuales, pero no las diferencias de carácter moral, como serían la fuerza de voluntad, el orgullo, la energía. La verdad es que la posición social, las tradiciones de familia, los hábitos de la clase en que vivimos contribuyen más de lo que pudiera creerse al mayor o menor desarrollo de las cualidades señaladas. En efecto, si observamos atentamente a los individuos que cambian de posición social, ya sea para mejorar o para empeorar, que entran como consecuencia de ello en un ambiente diferente al que estaban acostumbrados, podemos comprobar fácilmente que sus actitudes intelectuales se modifican mucho menos sensiblemente que las morales. Haciendo abstracción de la mayor amplitud de miras que el estudio y los conocimientos dan a cualquiera que no esté absolutamente privado de dotes, todo individuo, aunque no pase de simple secretario o pequeño ministro, sólo alcance el grado de sargento o ascienda hasta general, sea millonario o mendigo, se mantendrá en el mismo nivel intelectual que la naturaleza le ha dado. Por el contrario, con el cambio de posición social y de riqueza, podemos apreciar cómo el humilde se vuelve humilde, y cómo el servilismo se trueca en arrogancia; cómo un carácter franco y noble, obligado por la necesidad, tiende a mentir o cuando menos a disimular; y cómo, quien se ha visto obligado a disimular y a mentir durante mucho tiempo, adoptará tal vez una aparente franqueza e inflexibilidad de carácter. Es también verdad

16. Véase Gumplowicz, *Der Rassenkampf*, cit. Este concepto se extrae del espíritu mismo de su obra, pero se afirma más claramente en el libro II, cap. XXXIII.

17. A menudo los hijos de personas de mentalidad muy elevada poseen un intelecto mediocre; pero si el genio es casi nunca hereditario, se puede comprobar un grado más elevado del promedio intelectual en los descendientes de las clases más cultas. En conclusión, las aristocracias hereditarias no se fundan casi nunca en la superioridad intelectual, sino en la del carácter y la riqueza.

En cuanto al carácter, es difícil afirmar si influye más en su formación la herencia o la educación. En otras palabras, si su predominio se debe a la sangre o al ambiente intelectual y moral en el cual se ha formado.

que quien desciende adquiere con frecuencia fuerza de resignación, de sacrificio y de iniciativa; así como también quien asciende suele darle mayor importancia al sentimiento de justicia y de equidad. En suma, ya sea que cambie para bien o para mal, ha de estar excepcionalmente templado el individuo que conserva inalterado su carácter al mudar posición social.¹⁸

El coraje guerrero, la energía en el ataque y el estoicismo en la resistencia son cualidades que por mucho tiempo se han creído monopolio de las clases superiores. Ciertamente, con respecto a estas cualidades la diferencia innata entre un individuo y otro puede ser grande; pero para que se presente en mayor o menor medida en una categoría numerosa de hombres influyen, sobre todo, las tradiciones y las costumbres del ambiente. Hemos generalmente que quienes se familiarizan con el peligro, y mejor todavía con el peligro determinado, hablan de él con indiferencia y permanecen tranquilos e imperturbables en su presencia. Por ejemplo, los montañeses, aunque muchos pueden ser tímidos por naturaleza, afrontan impávidos los abismos; y los marinos, los peligros del mar; y al igual modo las poblaciones y clases habituadas a la guerra mantienen en alto grado las virtudes militares.

Y esto es tan verdad que también poblaciones y clases sociales, corrientemente ajenas al uso de las armas, adquieren rápidamente dichas virtudes cuando sus individuos se incorporan a ciertos núcleos donde el valor y el arrojo son tradicionales; y ello porque son —valga la metáfora— fundidos en crisoles humanos fuertemente embebidos en aquellos sentimientos que se les quiere transmitir. Mahomet II reclutaba sus terribles jenízcos entre niños robados principalmente a los apocados griegos de Bizancio. El tan despreciado *fellah* egipcio, desacostumbrado desde hacía siglos a las armas y habituado a recibir humilde y sumisamente los azotes de todos los opresores, cuando se unió a los turcos y albaneses de Mohamed-Alí se convirtió en buen soldado. La nobleza francesa gozó siempre de gran fama por su brillante valor, pero hasta fines del siglo XVIII esta cualidad no se le atribuía de igual modo a la burguesía del mismo país. Sin embargo, las guerras de la República y del Imperio demostraron ampliamente que la naturaleza había sido igualmente pródiga en otorgarles valor a todos los habitantes de Francia, y que la plebe y la burguesía podían aportar no sólo buenos soldados, sino también excelentes oficiales, lo que se creía privilegio exclusivo de los nobles.¹⁹

8. En fin, si seguimos a quienes sostienen la fuerza exclusiva del principio hereditario en la clase política, llegaremos a una conclusión: la historia política de la humanidad debería ser mucho más sencilla de lo que ha sido. Si verdaderamente la clase política perteneciese a una raza diferente, o si sus cualidades dominantes se transmitiesen

18. Escribió Mirabeau que, para cualquier hombre, un ascenso importante en la escala social produce una cura de los males que ya tiene y genera otros nuevos que antes no tenía. *Correspondance entre le comte Mirabeau et le comte de La Marck*, Librairie Le Normant, París, 1851, II, p. 228.

19. Tendría que probarse con numerosos ejemplos la afirmación de Gumpłowicz de que la diferenciación de las clases sociales depende, sobre todo, de las variedades étnicas; de lo contrario, se le pueden oponer fácilmente muchos ejemplos, entre ellos el muy evidente de que con gran frecuencia distintas ramas de una misma familia pertenecen a clases sociales muy diferentes.

principalmente por medio de la herencia orgánica, no se comprendería por qué, una vez constituida esta clase, tendría que declinar y perder el poder. Se admite comúnmente que las cualidades propias de una raza son muy tenaces y, si nos atenemos a la teoría de la evolución, las aptitudes adquiridas por los padres son innatas en los hijos y, con la sucesión de las generaciones, se afinan cada vez más. De este modo, los descendientes de los dominadores deberían ser cada vez más aptos para la dominación, y las otras clases deberían ver cada vez más lejana la posibilidad de medirse con ellos y sustituirlos. Sin embargo, la más vulgar experiencia basta para asegurarnos que las cosas no ocurren precisamente así.²⁰

Lo que vemos es que, no bien cambian las fuerzas políticas, se hace sentir la necesidad de que otras actitudes diferentes de las antiguas se afirmen en la dirección del Estado; y si las antiguas no conservan su importancia, o se producen cambios en su distribución, cambia también la composición de la clase política. Si en una sociedad aparece una nueva fuente de riqueza, si aumenta la importancia práctica del saber, si la antigua religión declina o nace una nueva, si se difunde una nueva corriente de ideas, al mismo tiempo tienen lugar importantes cambios en la clase dirigente. Se puede decir que toda la historia de la humanidad civilizada se resume en la lucha entre la tendencia que tiene a los elementos dominantes a monopolizar en forma estable las fuerzas políticas y a transmitir las a sus hijos por medio de la herencia, y la tendencia no menos fuerte hacia el movimiento y cambio de estas fuerzas y la afirmación de otras nuevas, lo que produce un continuo trabajo de endósmosis y exósmosis entre la clase alta y algunas fracciones de las bajas. Las clases políticas declinan inexorablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades que las llevaron al poder, o cuando no pueden prestar más el servicio social que prestaban, o cuando esas cualidades y servicios pierden importancia en el ambiente social en que viven. La aristocracia romana declina cuando ya no suministra en exclusividad los altos oficiales del ejército, los administradores de la república y los gobernadores de las provincias. Del mismo modo, la aristocracia veneciana decae cuando sus patrones dejan de mandar las galeras y ya no pasan gran parte de su vida navegando, como antes, cuando y combatiendo.

En la naturaleza inorgánica encontramos el ejemplo del aire, cuya tendencia a la inmovilidad, producida por la fuerza de la inercia, es combatida continuamente por la tendencia al cambio, consecuencia de las desigualdades en la distribución del calor. Las dos tendencias, prevaleciendo recíprocamente en diversas partes de nuestro planeta, producen a veces la calma, a veces el viento y la tempestad. Sin pretender buscar ninguna analogía sustancial entre este ejemplo y los fenómenos sociales, y citándolo únicamente porque resulta cómodo como paralelo puramente formal, observamos que en las sociedades humanas predomina a veces la tendencia a la clausura, la inmovilidad, la cristalización de la clase política, y otras veces la que tiene por consecuencia su renovación más o menos rápida.

20. En verdad, según De Gobineau y otros autores, la clase dominante perdería sus aptitudes para el mando a causa de los cruzamientos y mezclas que se producirían entre sus miembros y los de las clases dominadas. Pero en este caso la decadencia de la clase dominante debería ser más lenta y menos acentuada; y allí donde el sistema de castas cerradas impide la mezcla entre las distintas razas, sucede más bien lo contrario, como ha ocurrido en la India.

Las sociedades de Oriente, que consideramos inmóviles, no lo han sido siempre realmente, porque de otro modo, como ya señalamos, no habrían podido hacer los progresos de los que han quedado abundantes testimonios. Es mucho más exacto decir que los conocimos cuando estaban en un período de cristalización de sus fuerzas y clases políticas. Lo mismo ocurre en las sociedades que comúnmente llamamos envejecidas, en las que sus creencias religiosas, su cultura científica y sus modos de producir y distribuir la riqueza no han sufrido en largos siglos ningún cambio radical, y que no han sido perturbadas en su marcha por los influjos materiales o intelectuales de los elementos extranjeros. En estas sociedades, al ser siempre las mismas las fuerzas políticas, la clase que posee el poder lo mantiene de un modo indiscutido, por lo que el poder se perpetúa en ciertas familias, y la inclinación hacia la inmovilidad se generaliza igualmente en todos los estratos sociales.

Así, en la India vemos estabilizarse más rigurosamente el régimen de castas después de ser sofocado el budismo. También vemos que en el antiguo Egipto los griegos encontraron castas hereditarias, pero sabemos que en los períodos de esplendor y renovación de la civilización egipcia no existía la herencia de los oficios ni de las condiciones sociales. El ejemplo más notable y tal vez el más importante de una sociedad que tiende a cristalizarse, lo tenemos en la historia romana, en el período del Bajo Imperio en el que, después de algunos siglos de inmovilidad social casi completa, se vuelve cada vez más nítida la diferencia entre dos clases: una, de grandes propietarios y funcionarios importantes; otra, de siervos, colonos y plebe; y, cosa aún más notable, la herencia de los oficios y de las condiciones sociales, establecida más por la costumbre que por la ley, se generalizando rápidamente.²¹

Por el contrario, puede suceder —y ocurre a veces en la historia de las naciones— que el comercio con extranjeros, la necesidad de emigrar, los descubrimientos y las guerras, creen nuevas pobreza y riquezas, difundan conocimientos hasta entonces ignorados, promuevan el influjo de nuevas corrientes morales, intelectuales y religiosas. Entonces puede suceder que, por lenta elaboración interna o por efecto de estos influjos, o por ambas causas, surja una ciencia nueva, o se vuelvan a valorizar los resultados de la antigua que había sido olvidada, y que las nuevas ideas y creencias remuevan los hábitos intelectuales sobre los que se fundaba la obediencia de las masas. La clase política puede también ser vencida y destruida, en todo o en parte, por invasiones extranjeras, y cuando se producen las circunstancias mencionadas, puede también ser derribada de su posición por nuevos estratos sociales expresados en nuevas fuerzas políticas. Es natural que sobrevenga un período de renovación, o, si se prefiere definirlo así, de revolución, durante el cual las energías individuales tienen importante participación y algunos de entre los individuos más apasionados, más activos, más audaces e intrépidos, pueden abrirse camino desde los grados inferiores de la escala social hasta los más elevados.

Este movimiento, una vez iniciado, no se puede interrumpir de golpe. El ejemplo es contemporáneo a quienes se ve salir de la nada y llegar a posiciones eminentes, es

21. Mommsen y Marquardt, *Manuel des antiquités romaines*, trad. Humbert, Thorin, París, 1887; Fustel de Coulanges, *Nouvelles recherches sur quelques problèmes d'histoire*, Hachette, París, 1891.

nula nuevas ambiciones, nuevas codicias, nuevas energías, y la renovación molecular de la clase política se mantiene activa hasta que un largo período de estabilidad social la calma nuevamente.²² Entonces, cada vez que una sociedad pasa del estado febril al de calma, así como las tendencias psicológicas del hombre son siempre las mismas, los que forman parte de la clase política van adquiriendo el espíritu de cuerpo y de exclusivismo. Aprenden el arte de monopolizar en su beneficio las calidades y las actitudes necesarias para llegar al poder y conservarlo. En fin, con el tiempo, se forma la fuerza conservadora por excelencia, la de la costumbre, por la cual muchos se resignan a estar abajo, y los miembros de ciertas familias o clases privilegiadas adquieren la convicción de que para ellos es casi un derecho absoluto estar arriba y mandar.

A un filántropo le correspondería indagar si la humanidad es más feliz o vive mejor en los períodos atribulada cuando se encuentra en un período de calma y cristalización social, en los que cada uno debe permanecer casi fatalmente en el grado de la jerarquía social en el que nació, o cuando atraviesa el período totalmente opuesto de renovación y revolución, que le permite a todos aspirar a los grados más destacados y a más de uno llegar a ellos. Tal indagación sería difícil y, en sus resultados, debería tener en cuenta muchas condiciones y excepciones, y tal vez estaría siempre influida por el gusto individual del observador. Por eso nos cuidaremos bien de hacerla nosotros; sobre todo porque, aun cuando pudiéramos obtener un resultado indiscutible y seguro, sería siempre de escasísima utilidad práctica: puesto que lo que los filósofos y teólogos llaman el libre albedrío, esto es, la espontánea elección de los individuos, ha tenido hasta ahora, y quizá tendrá siempre, poca o casi ninguna influencia en cuanto a apresurar el fin o el principio de alguno de los períodos históricos señalados.

22. No citaremos ejemplos de pueblos que se encuentran en períodos de renovación, porque en nuestra época son innecesarios. Recordaremos solamente que, en los países recientemente colonizados, el fenómeno de la rápida renovación de la clase política se presenta con más frecuencia y de modo muy notable. De ahí que, cuando comienza la vida social en dichos países, no existe una clase dirigente perfectamente constituida y, durante el período en el que se forma, la acción se vuelve, si no totalmente imposible, cuando menos bastante más difícil que antes. Por eso las colonias griegas recibieron, hasta cierta época, un amplio desahogo para todos los caracteres enérgicos y emprendedores de la Hélade; y en los Estados Unidos, donde la colonización de nuevas tierras abarcó todo el siglo XIX, y nuevas industrias surgieron constantemente, los hombres que pasaron de la nada a la notoriedad y a la riqueza fueron más numerosos que en Europa, lo que contribuye a mantener la ilusión de que la democracia es una realidad.